

LA TERCERA DE LOS NEGOCIOS

Necesidad de una economía civil

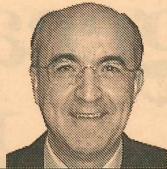
TODO el mundo parece estar de acuerdo en que vivimos en el seno de lo que, desde hace relativamente poco tiempo, se ha dado en llamar "economía global". Sin entrar a precisar lo que con eso se quiere decir, es indudable que esa economía está llena de multitud de paradojas que no dejan de causar perplejidad y preocupación, no sólo al hombre de la calle, sino sobre todo al estudioso de la teoría económica.

Se observa un crecimiento continuado de las desigualdades, tanto territoriales como individuales. Los flujos migratorios cambian de dirección de modo cada vez más imprevisibles, y en periodos de tiempo cada vez más cortos. Hay zonas de crecimiento relativamente sostenido, pero sin que eso resulte incompatible con alguna forma de desempleo y creciente desarraigo social. El rendimiento de los capitales no ha dejado de aumentar, pero sin que el ansiado y mítico bienestar colectivo logre hacerlo al mismo ritmo.

Este tipo de fenómenos no tienen su causa en lo que de modo simplista podríamos llamar escasez material, sino más bien en la "escasez social", en la incapacidad para crear y mantener un sólido y denso tejido de relaciones sociales integradoras. Lo asombroso es que ante la gravedad de estos problemas, la actitud que predomina, tanto en la esfera de la economía, como en la de la política, es predominantemente "conservadora", de casi ausencia de capacidad de reacción, se aceptará de modo fatídico que no hay alternativa posible.

Pondré un ejemplo muy significativo de este insensato modo despreocupado de pensar y comportarse. Por un lado, principalmente entre la clase empresarial, predomina la creencia que la empresa es una institución "asocial", una especie de mecanismo de poder privado, que se mueve en el terreno éticamente neutral del mercado. Sólo se le puede pedir eficiencia, creación instantánea de riqueza monetaria, pero nada más. Como el reverso de la moneda, entre la llamada clase

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría



política, predomina la idea de que sólo el Estado, otro mecanismo al servicio de un supuesto y oscuro poder colectivo, le corresponde reparar los destrozos que provoca ese modo "asocial" de entender la empresa.

El resultado es que las empresas nada tienen que ver con la moral, entendida como tarea de crear sociedad, pero es absurdo pensar que el Estado puede desempeñar esa función, no se puede pretender que la eficiencia repare los destrozos que ella misma causa.

Por otro lado, y como una consecuencia de lo anterior, la mayoría de la opinión pública, está convencida de

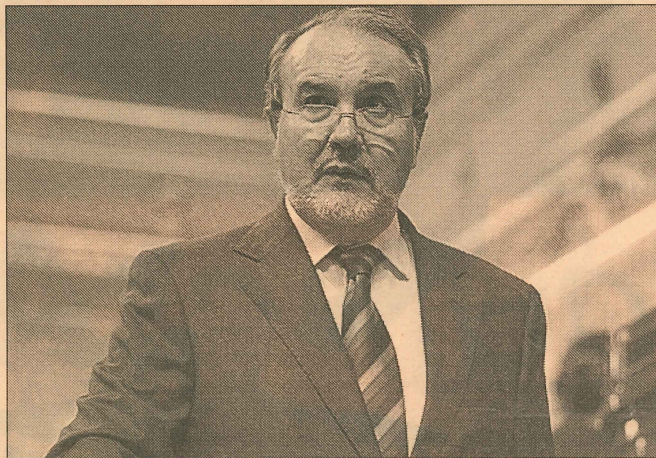
que la empresa es "antisocial". Entiende el mercado que la regula, como un espacio prepolítico y precivil, donde los más fuertes se imponen a los más débiles, o como diría Hesíodo, donde el gavilán impone su justicia a la paloma. Una opinión que parece no inquietar a los empresarios, y complace grandemente a los políticos, ya que les confirma en su peregrina idea de que una economía "tan eficiente como perversa" no podría funcionar sin que ellos reparen sus inevitables disfunciones.

Ante esta situación es muy importante que vuelva a brotar ese venero de agua fresca, que se llama la economía civil. Surgida de los principios del humanismo cívico, que compartieron los renacentistas italianos con los maestros españoles de la escuela de Salamanca del siglo XVI, siempre ha estado como latente en los mejores pensadores económicos.

La idea fundamental es que la moral, entendida como construcción de lo civil, es la fuente de la riqueza material, y no a la inversa. En el caso de la empresa, lleva a afirmar que el objeto de la empresa no es amoral ni incivil, ni se reduce exclusivamente a la producción de cosas externas o materiales, sino que su objetivo fundamental es crear bienes civiles o relacionales.

Algo que han intuido las modernas teorías de la empresa, cuando insisten que lo esencial de la empresa es crear "capacidades" o "competencias", un modo de crear riqueza social, ciertamente material, pero sobre todo humana.

A pesar de su deformación por el iluminismo escocés, esta idea humanista y cívica fue poderosa fuente de inspiración de la economía de Adam Smith. El abandono de esa inspiración, que tanto impulso dio a la primitiva economía política de los británicos, se produjo en el siglo XIX cuando, por influencia de Hegel y Bentham, la idea de "felicidad pública", que implica la reciprocidad personal, fue sustituida por la de "placer colectivo", que propone algo tan absurdo como la suma de placeres individuales.



El ministro de Economía y Hacienda, Pedro Solbes.

“

La moral, entendida como construcción de lo civil es la fuente de la riqueza material y no a la inversa

”

Los empleados, son personas; no sólo productores... que conviven con todos; defensores de la empresa.

